

STANLEY CAVELL, *Aquí y allá. Emplazamientos para la filosofía*, trad. David Pérez Chico, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 394 pp. ISBN: 978-84-1340-755-5.

No es ninguna novedad decir que los modernos no pueden hacer ni sufrir nada sin intelectualizar la experiencia. Por tanto, deberían, al menos asegurar que sus intelectualizaciones obedecieran al corazón.¹

A principios del siglo XX, el filósofo Stanley Cavell coqueteó con la idea de publicar un libro que reuniera conferencias y ensayos dignos de “ser rescatados del olvido o la evanescencia o la especialización de sus lugares originales de publicación” (p. 11). La idea de un *aquí junto* a un *allá*, que iba a dar título al libro, se le hizo explícita en un ensayo sobre las *Investigaciones filosóficas*, “donde el mundo ordinario en el que existimos y desde el que filosofamos se representa en imágenes de orillas cercanas y lejanas entre las que el río de la filosofía tiene que seguir fluyendo y también modificar su curso” (p.12); pero por razones no del todo claras (quizá para centrarse en su biografía *Little Did I Know*) renunció a la idea, y cuando falleció en el año 2018, tres cuartas partes del libro seguían sin ser recopiladas. Ha habido que esperar al esfuerzo editorial de Nancy Bauer, Alice Crary y Sandra Laugier para disfrutarlas. Las editoras han añadido también otros escritos, todos ellos inéditos, y un extenso ensayo sobre la filosofía del coleccionismo que anima una reflexión sobre temas muy dispares.

Efectivamente, nos encontramos ante una colección de escritos esporádicos, que nacen de propuestas, invitaciones, introducciones o borradores, pero que comparten ciertos rasgos en común; por ejemplo, muchos de ellos se dirigen a públicos o lugares variopintos: foros o reuniones con carácter filosófico, una exhibición en el Guggenheim de Nueva York, revistas de filosofía, propuestas para prólogos o reseñas, los departamentos de filología de la Universidad de Yale, el mundo del cine, coloquios entre filosofía y psicoanálisis, diálogos con la antropóloga Veena Das o la Sociedad Musicóloga Americana, entre otros. Tal y como escribió Cavell en *Debemos querer decir lo que decimos*,

nadie se encuentra en mejor posición para [conocer] que otro, a menos que *querer* saber sea una posición especial. Y este descubrimiento sobre él es el mismo que el descubrimiento de la filosofía, cuando esta constituye el esfuerzo de encontrar respuestas, y permitir preguntas, a las que nadie sabe cómo llegar ni responder mejor que uno mismo (p. 13).

¹ STANLEY CAVELL, *Aquí y allá, emplazamientos para la filosofía*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, trad. de David Pérez Chico, Zaragoza, 2025, p. 73.

Las rutas que recorre el libro permiten al lector surcar las corrientes de un pensamiento que, abandonándose a las preguntas sin restricción, fondea lugares inhóspitos para la tradición, pero cuya disparidad de temas puede llegar a sobrepasarnos, a hacernos sentir, al terminar la colección, que incurrimos en cierta falta de cuidado. De entre los temas que podemos encontrar, nos topamos con un ensayo sobre las afinidades entre Benjamin y Wittgenstein, una breve introducción, a modo de bienvenida, al psicoanálisis de Laplanche, un comentario sobre una lectura psicoanalítica de la obra de Faulkner, apuntes filosófico-antropológicos sobre la empatía, una respuesta crítica al movimiento francés inspirado por Derrida o reflexiones sobre la filosofía implícita en la poesía de Wallace Stevens, por citar solo algunos. Sin embargo, la diversidad de líneas de pensamiento no impide que ciertos autores recorran, a modo de aguas subterráneas, el pensamiento de Cavell: en el caso que nos ocupa (y en la bibliografía cavelliana en general) Wittgenstein, J. L. Austin, Emerson, Thoreau y Freud ocupan una posición especial; los caminos o afluentes que abren, lugares casi vírgenes, como el bosque de Walden, ponen en marcha y orientan su pensamiento y lo emplazan, temporalmente, en tal o cual lugar. Este podría ser, precisamente, uno de los sentidos de *site*, “emplazamiento”, como un lugar donde se funda y se construye, pero también donde algo ocurre, un área con un determinado propósito, quizá donde nace la experiencia.

Cavell se emplazó en un diván durante dos épocas de su vida, sin contar, claro está, con la profesión de su primera mujer, Marcia. Creo que la peripecia clínica le ayudó a confrontar el exceso de racionalizaciones del ámbito académico, a incorporar, con la insistencia propia del “recordar, repetir y reelaborar” freudiano, el mundo de la filosofía hasta encarnarlo en la vida. Ese mundo de la filosofía que pretende hablar, según Cavell, de aquello que no sabemos que sabemos, de pensamientos que rechazamos o que nos incomodan y que no deja de ser un esfuerzo por conocernos mejor de lo que nos conocemos (p.41). Hablar a la humanidad es propio de la filosofía, pero hablar de lo que no sabemos que sabemos evoca al psicoanálisis. Efectivamente, filosofía y psicoanálisis cumplen, en sus distintos niveles, una función terapéutica, y ambas afectan a la totalidad de la existencia: son formas de vida. Si tratamos de dar alcance al movimiento del pensar de Cavell, encontraremos el rastro de Freud y el ritmo del jazz, una sucesión de voces polifónicas que se suceden, aquí y allá, sin la censura entre el pensamiento y el deseo, si reparamos en el negro sobre blanco, las más estrictas leyes de la necesidad logográfica.

Me atrevo a decir que *Walden* es el libro que mejor ha expresado, en los últimos siglos, que la filosofía es una forma de vida y que Thoreau y Wittgenstein han representado, con notable claridad, la ausencia de una separación entre una vida filosófica y la filosofía. Cavell empezó a impartir conferencias sobre las *Investigaciones filosóficas* en 1960, “como si se tratara de una obra modernista a la altura de los novelistas, pintores y compositores contemporáneos de Wittgenstein” (p.138), anticipando, por cierto, *La Viena de Wittgenstein* de Allan Janik y Stephen Toulmin de 1973. Me da la sensación de que una lectura tan audaz, independiente, *avant la lettre*, de las *Investigaciones* (la obra más citada en *Aquí y allá*, especialmente la cita inicial de Agustín de Hipona) se debe al conocimiento profundo de *Walden* y me asombro al leer que fue en las *Investigaciones* donde encontró el texto filosófico que le hizo ver que “no sabemos qué significa leer o lo hemos olvidado” (p. 50). Wittgenstein deja escrito en su diario “temer ensuciar todo con su

vanidad”,² pero también, en un tono terapéutico, que “el autoconocimiento y la humildad son lo mismo”.³ Para Cavell la filosofía necesita cierta arrogancia: “Hablar por nosotros es lo que siempre ha pretendido la filosofía con su inherente arrogancia (p.41)”; conoce la labor terapéutica de las *Investigaciones* mucho antes, probablemente, de que apareciera el libro de Bouveresse, y en su tesis doctoral, que engloba la mayor parte de la obra *Reivindicaciones de la razón*, ya advierte de la urgencia en Wittgenstein (y en J.L Austin) por “derrocar los esfuerzos de la filosofía por neutralizar los contextos de expresión humana” (p.158).

Es como si Wittgenstein sintiera que lo que la moderna academización de la filosofía tiene de ilusorio acabara cayendo por su propio peso. El problema para la filosofía sigue siendo el mismo desde el principio: la amenaza de que el pensamiento humano se desvíe; se exima de la necesidad humana de inteligibilidad; que se atormenta con las sombras de su lenguaje; que niegue el mundo en lugar de conocer la extrañeza que le produce el mundo; que niegue su participación en sus propias obras, su interés en sus conceptos, y se aburra hasta la frustración (p.163).

Negar el mundo, atormentarse con las sombras (o más bien, complacerse en el síntoma) o desviarse de la inteligibilidad, es lo que hace la filosofía cuando convierte una necesidad filosófica en un rompecabezas académico. Los escritos de Wittgenstein, discontinuos y fragmentarios, pero asentados en los juegos del lenguaje, permiten a Cavell poner límites a las especulaciones escépticas, necesarias en el camino del filosofar, pero que cebadas derivan en una falta de reconocimiento humano. (En *Walden* Thoreau, orillado a la ciudad, usará metáforas y alegorías que los lectores son capaces de pensar). La tarea del filósofo es leer cada una de las palabras sin someterse a un solo sentido, por extravagantes que puedan ser, hasta que lo cotidiano tome el cariz de lo extraño, se incorpore en nuestro pensamiento y se establezca finalmente en el hogar.

Es precisamente en el hogar donde reside la música, disciplina que Cavell abandonó en favor de la filosofía. En la última parte de la obra se ofrece una serie de escritos sobre la ópera, la relación entre la música y el habla (“que nos canten o que actúen para nosotros es tan natural en nuestra forma de vida como que nos hablen”) (p.33), las afinidades entre Mahler y Wittgenstein, las ideas del musicólogo Peter Kivy o el sentido revolucionario de la obra de Beethoven. La música, que inunda de jovialidad y espontaneidad el pensamiento, la encontró transfigurada en la filosofía de su maestro J. L. Austin: “En las clases de Austin encontré un espacio filosófico en el que los rigores de la práctica filosófica adquirirían jovialidad y seriedad –la continua mutualidad- que había esperado de la interpretación musical” (p.145). Cavell rememora el día en que Austin fue a visitarle a casa, se sentó junto a la mesa del salón y se puso a pintar con su hija. El discípulo se acercó al maestro para preguntarle si sería posible reconciliar la filosofía con una vida en familia. “Le mantienen a uno joven”, contestó Austin. Aquella respuesta sencilla, emplazada en el ámbito familiar y llevada a cabo por un filósofo, cuya forma de vida veneraba, infundió en Cavell el valor para empeñarse a ella. Quizá el espíritu de Wittgenstein y Thoreau se proyectaron sobre Austin, quizá el estilo de vida del maestro reforzó una respuesta aparentemente banal; pero lo cierto es que aquel día sintió una especie de revelación, la posibilidad de navegar por el río de la filosofía.

En uno de los artículos, “¿Quién decepciona a quién? Allan Bloom en Harvard”, Cavell responde a *The closing of the American Mind* aportando unas

² LUDWIG WITTGENSTEIN, *Movimientos del pensar*, trad. de I. Reguera, PRE-TEXTOS, Valencia, 2000, p. 61.

³ LUDWIG WITTGENSTEIN, *Movimientos del pensar*, p. 66.

pinceladas que muestran su propio rumbo filosófico: la ilustre importancia de la universidad en una vida filosófica, la universidad como un emplazamiento dispuesto a entregarse a lo que queda más allá de ella, la lectura insustituible de los Grandes Libros (Thoreau los llama las escrituras) en una educación humanista, la asimilación del pensamiento europeo y de una constitución americana crónicamente incompleta (que Emerson y Thoreau alegorizan con el este y el oeste) y la insistencia en que la educación universitaria mantenga la filosofía como una *forma de vida*. Todos los escritos compilados en *Aquí y allá* obedecen a estos puntos, ya sea presentando al psicoanalista Laplanche o releendo a Benjamin, abordando la música, afrontando a Faulkner o reflexionado sobre Wallace Stevens.

El espíritu verdadero de una lectura no es un ejercicio de acrobacia intelectual; el pensamiento ha de domesticarse, usando la lengua de Emerson. La traducción que nace del pensamiento se convierte, como señala el propio Cavell, en la forma de disfrutar de una nueva vida (p. 158); la filosofía, leo en un fragmento de uno de sus encargos, es “la capacidad de respuesta despierta después de que todos los demás se han quedado dormidos” (p. 160); el sueño pende de nosotros, escribía Emerson en el inicio de *Experience* (p. 325), Thoreau deseaba hablar como un hombre en momento de vigilia, a hombres en momentos de vigilia (p. 348), pero antes esperaba cacarear con tanto brío como el gallo encaramado cada mañana, aunque fuera para despertar a sus vecinos. Cavell era consciente de que sacudirse el letargo no es tarea fácil, que por superficiales o profundas que fueran las corrientes de su pensamiento el traductor había de exigirse. No es de extrañar su agradecimiento a las traducciones con prólogos, la cooperación en ediciones y el seguimiento de sus palabras allá donde tuviera hogar. También aquí, en Valencia, cuando se emplazó, hace ya más de quince años, con un ciclo de conferencias en compañía de nuestro querido amigo y traductor de *Los sentidos de Walden* Antonio Lastra. A nosotros, aquí y allá, en ausencia de Cavell, solo nos queda mostrar gratitud hacia la traducción que nos brinda el profesor de la Universidad de Zaragoza David Pérez Chico.

Jorge Juan Orts Fullana